



La enfermedad

Ser el centro de atención algunas veces no está mal

Laura María Rey Henao

Tal vez tenía siete años, no recuerdo bien. Pero la causa de mi primera hospitalización, sí lo recuerdo, fue un medicamento que me prescribieron para una amigdalitis. El Clavulin me causó una reacción dermatológica poco frecuente, ¿No es paradójico que un medicamento enferme más a una persona? Pues para mí, sí lo es. Y creo que en este caso fue peor la cura que la enfermedad.

“Eritema multiforme menor” fue mi diagnóstico. El significado que tuvo esto para mí probablemente no fue nada diferente a tener que pasar varios días en la clínica, lejos de mi hermana y de mi perrita, sin poder ir al colegio. Lo que más me molestaba era faltar a clases; el colegio era maravilloso, me encantaba ir, estar con mis amigos y con mis profesores. En cuanto a la patología, no sentía más que prurito.

No he podido aclarar la imagen en mi memoria, de la dermatóloga diciéndole a mi papá que no sabían que tenía, que no sabían qué ocurría con mi cuerpo. Su cara no expresaba nada diferente a ansiedad y desesperación. Para

un médico como mi padre debe ser frustrante tener a su hija en la mejor clínica de la ciudad, con los mejores doctores y no encontrar un diagnóstico a la enfermedad que padece; por otro lado, mi madre, que no es médica estaba muy asustada, pero no decía mucho. Ahora, al reflexionar sobre esto, hago conciencia de la fragilidad del ser humano; ciertamente, la incertidumbre es una sensación terrible para las personas que buscan respuestas en los médicos.

Mis padres no se alcanzaban a imaginar el alcance que tenían sus palabras y gestos para mí, una niña de apenas siete años. Yo entendía que nos estábamos enfrentando a una situación complicada y que mi salud no era la mejor. Afortunadamente, algunos días después de ser sometida a múltiples exámenes y pruebas de laboratorio, se obtuvo el diagnóstico de Eritema multiforme menor. Inmediatamente me dieron los medicamentos necesarios y mi recuperación fue rápida.

A pesar de los momentos de desesperación que vivieron mis padres, para mí la estancia en la clínica no fue una experiencia traumática. Nunca me opuse a los exámenes que me hacían, pues sabía que eran por mi bien. Recuerdo que era muy curiosa, quería entenderlo todo, preguntaba por la función de todos los aparatos que me ponían, me gustaba saber el porqué de todo lo que me hacían. Y los médicos hicieron muy amena mi hospitalización, porque me hacían sentir médica por unos minutos.

Lo que más me gustó de estar hospitalizada fue ser el centro de atención. Mi familia, mis amigos y mis profesores

estuvieron muy pendientes de mí. Todos llamaban y preguntaban por mi estado de salud, me sentía la niña más importante. No estoy acostumbrada a tener toda la atención, pues soy la mayor en la casa y la más tranquila; entonces, todos enfocan su atención mucho más en mi hermanita. Definitivamente, en ese momento, fui el centro de atención; y aunque no me acostumbro a serlo, creo que algunas veces no está mal.

El año más duro de mi vida

María Jaramillo Upegui

22 de junio del 2016, día en que regresé de Capurganá después de una semana de estadía con la familia de mi novio. Fue un paseo diferente, un poco más salvaje que lo que acostumbro, y definitivamente, inolvidable. No solo por los buenos momentos sino también porque ahí fue donde comenzó todo.

Hablar era imposible, de mi boca salían intentos de palabras, pues no tenía voz. Algo muy grave en mí pues me encanta hablar. Así, acompañada de fiebre y malestar general viví una larga semana.

Mi voz ya estaba volviendo a la normalidad, pero mi cabeza se quería estallar. Y es que cada vez que me duele la cabeza me tengo que llenar de paciencia y respirar muy profundo, pues no hay nada, literal, nada que pueda hacer contra eso,